

## BIENAVENTURADOS LOS MISERICORDIOSOS, PORQUE ELLOS ALCANZARÁN MISERICORDIA.

**Introducción.** Se nos regala una de las bienaventuranzas que más podemos activar a lo largo de nuestra vida. La posibilidad de convertir nuestros errores, fallos y equivocaciones en escuela de amor. Decía Leonard Cohen en su canción «Anthem»: «hay una grieta en todas las cosas; ahí es por donde entra la luz». Pues a lo largo de nuestras vidas hay muchas situaciones en las que nos hacemos conscientes de nuestros orgullos, impaciencias, exigencias, egoísmos, que convertimos en grietas. Se rompe la imagen con la que construimos nuestra existencia. Se agrieta nuestra vida ideal, perfecta, como nosotros la imaginamos y deseamos, dando la bienvenida a nuestra vida limitada, frágil y llena de fallos.

Somos capaces de soportar nuestros fallos porque hay un Dios que es compasivo y misericordioso. Por su propia definición es el que decide poner su corazón en nuestra miseria. Eso es la misericordia. La capacidad de amar, de acoger, no los logros o los méritos del otro, sino la decisión de abrazar lo roto y frágil del otro. Es activar la gratuidad, el perdón. Es entrar en las categorías divinas. La misericordia es un atributo divino, exclusivo suyo. Los humanos lo tenemos porque Dios nos regala participar de esa calidad de amor. La invitación es encontrar la felicidad en amar al otro en modo Dios.

**Lo que Dios nos dice. «A vosotros que escucháis os digo: Amad a vuestros enemigos, tratad bien a los que os odian; bendecid a los que os maldicen, rezad por los que os injurian. Al que te golpee en una mejilla, ofrécele la otra, al que te quite el manto no le niegues la túnica; da a todo el que te pide, al que te quite algo no se lo reclames. Como queréis que os traten los hombres tratadlos vosotros a ellos. Si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores aman a sus amigos. Si hacéis el bien a los que os hacen el bien, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores lo hacen. Si prestáis esperando cobrar, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores prestan para recobrar otro tanto. Amad más bien a vuestros enemigos, haced el bien y prestad sin esperar nada a cambio. Así será grande vuestra recompensa y seréis hijos del Altísimo, que es generoso con ingratos y malvados. Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo» (Lc 6,27-36).**

La sobreabundancia de Dios y su mirada sobre nosotros es un misterio. Nosotros edificamos nuestras relaciones en el intercambio, en la reciprocidad. Según me tratan, trato. Según me dan, doy, haciendo del cálculo y de la proporcionalidad, la medida de nuestro amor. Y muchas veces ese es el motivo principal de las quejas, los reproches, las incomprensiones y las tensiones. Creo que merezco otro trato, méritos de sobra para ser querido, respetado, valorado, otra forma de ser valorado. Y sino, exijo, chantajeo, me alejo, rechazo lo injusto de lo que considero inaceptable.

La misericordia es un salto a lo divino. Es amarte porque sí. No hay explicación. Sentirnos amados cuando menos lo merecemos, porque más lo necesitamos. Cómo el Padre misericordioso a su hijo desagradecido y derrochador de herencias (cf. Lc 15, 11-32). Cómo Jesús es capaz de perdonar a sus verdugos desde la cruz (cf. Lc 23,34). Si amamos con calculadora, seguramente dejemos de amar muy pronto. Porque casi nunca nos aman cómo a nosotros nos gustaría o necesitaríamos. Si optamos por la misericordia, participamos del mismo amor de Dios, que ama siempre, a todos, del todo.

**«¿De dónde nacen vuestras peleas y contiendas, sino de vuestro afán de placeres que batalla en vuestros miembros? Codiciáis y no obtenéis; asesináis y envidiáis, y no lo conseguís; peleáis y lucháis, y no alcanzáis porque no pedís. O, si pedís, no lo obtenéis porque pedís mal, para gastar en vuestros placeres. ¡Adúlteros! ¿No sabéis que ser amigo del mundo es ser enemigo de Dios?, por tanto, quien quiera ser amigo del mundo se convierte en enemigo de Dios» (Stgo 4,1-4).**

Cuando no es la misericordia el núcleo de nuestras relaciones, lo suele ser el juicio, la exigencia, el cumplimiento del deber, la obligación. Por eso la mirada misericordiosa suaviza la convivencia y nos recuerda permanentemente a Dios. Sin misericordia la vida se convierte en acabar sumergidos en la tiranía de la norma y de la ley.

**«Porque tendrá un juicio sin misericordia el que no tuvo misericordia; pero la misericordia se siente superior al juicio» (Stgo 2,13)».**

**Cómo podemos vivirlo.** Si reconocemos la cantidad de veces que hemos sido restaurados por la confianza y el amor de otras vidas que nos han levantado con su misericordia. Cuantas veces nos hemos sentido indignos, incapaces de responder a las expectativas y a la confianza que otros han depositado en nosotros. Pero palabras de amor, de ánimo, miradas que nos reparan, son prolongación de la misericordia de Dios para sus hijos. Eso convierte a su Iglesia en una comunidad misericordiosa.

**«No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados. Perdonad y seréis perdonados. Dad y os darán: recibiréis una medida generosa, apretada, remecida y rebosante. La medida que uséis la usarán con vosotros» (Lc 6,37-38).**